



Julio Verne
Un Drama
en México

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

UN DRAMA EN MÉXICO

JULIO VERNE

**PUBLICADO: 1851
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

I

DE LA ISLA DE GUAJÁN A ACAPULCO

El 18 de octubre de 1825, el Asia, navío español de alto bordo, y la Constanzia, bergantín de ocho cañones, hacían escala en la isla de Guaján, una de las Marianas. Desde hacía seis meses que estos buques habían zarpado de España, sus tripulaciones, mal alimentadas, mal pagadas y rendidas de fatiga, tramaban sordamente proyectos de rebelión. Los síntomas de indisciplina se habían manifestado con mayor intensidad a bordo de la Constanzia, mandada por el capitán don Orteva, hombre de hierro al que nada doblaba. Ciertas averías graves, tan imprevisibles que forzosamente había que atribuir las a la malevolencia, habían detenido al bergantín en su travesía. El Asia, mandada por don Roque de Guzuarte, se había visto obligada a hacer escala con él. Una noche, la brújula se rompió de manera inexplicable. Otra, los obenques del palo de mesana cedieron como si los hubieran cortado, y el palo cayó con todo su aparejo. Por último, las guardines del timón se habían roto dos veces durante una maniobra de importancia.

La isla de Guaján depende, como todas las Marianas, de la capitanía general de las islas Filipinas. Los españoles, estando allí en casa, pudieron reparar prontamente sus averías.

Durante aquella estancia forzosa en tierra, don Orteva informó a don Roque del relajamiento de la disciplina que había observado a bordo, y los dos capitanes se comprometieron a redoblar su vigilancia y severidad.

Don Orteva tuvo que vigilar de manera especial a dos hombres de su tripulación: el teniente Martínez y el gaviero José.

El teniente Martínez, habiendo comprometido su dignidad de oficial en las reuniones clandestinas del castillo de proa, había tenido que ser confinado en varias ocasiones, y durante sus arrestos, el guardiamarina Pablo lo había sustituido en las funciones de teniente de la Constanzia. En cuanto al gaviero José, era un hombre vil y despreciable, que no sopesaba los sentimientos más que al peso del oro. Se vio, pues, vigilado de cerca por el honrado contraмаestre Jacopo, en quien don Orteva depositaba toda su confianza.

El guardiamarina Pablo era una de esas naturalezas de excepción, francas y valerosas, a las que la generosidad inspira grandes empresas. Huérfano, recogido y criado por el capitán don Orteva, se habría dejado matar por su bienhechor. En sus largas conversaciones con el contraмаestre Jacopo, se dejaba llevar, arrastrado por el ardor de su juventud y el impulso de su corazón, a hablar de la ternura filial que sentía por don Orteva, y el valiente Jacopo le estrechaba vigorosamente la mano, pues comprendía muy bien lo que el guardiamarina expresaba con tanta elocuencia. Así pues, don Orteva tenía en ellos a dos hombres devotos con quienes podía contar plenamente. ¿Pero qué podían los tres contra las pasiones de una tripulación indisciplinada? Mientras ellos se afanaban día y noche en vencer el espíritu de discordia, Martínez, José y los demás marineros avanzaban cada vez más por el camino de la rebelión y la traición.

La víspera de la partida, el teniente Martínez se encontraba en Guaján, en una taberna de ínfima categoría, con algunos contraмаestres y una veintena de marineros de ambos buques.

—Camaradas —decía Martínez—, gracias a las averías surgidas tan oportunamente, el bergantín y el navío tuvieron que hacer escala en las Marianas, y he podido venir aquí a hablar en secreto con vosotros.

—¡Bravo! —exclamó la asamblea a una sola voz.

—Hablad, teniente —dijeron entonces varios marineros—. Hacednos conocer vuestro proyecto.

—Este es mi plan —respondió Martínez—. En cuanto nos hayamos apoderado de los dos buques, pondremos rumbo hacia las costas de México. Sabéis que la nueva Confederación carece de marina. Por eso comprará nuestros navíos con los ojos cerrados, y no solo se nos pagará todo lo que se nos debe, sino que el sobrante del precio de venta se repartirá por igual entre todos.

—¡Trato hecho!

—¿Y cuál será la señal para actuar al unísono a bordo de los dos buques? —preguntó el gaviero José.

—Un cohete se elevará del Asia —respondió Martínez—. ¡Ese será el momento! Somos diez contra uno, y los oficiales del navío y del bergantín quedarán prisioneros antes incluso de tener tiempo de reaccionar.

—¿Dónde se dará esa señal? —preguntó uno de los contramaestres de la Constanza.

—En unos días, cuando hayamos llegado a la altura de la isla de Mindanao.

—Pero ¿no recibirán los mexicanos nuestros navíos a cañonazos? —objetó el gaviero José—. Si no me equivoco, la Confederación ha emitido un decreto que pone bajo vigilancia a todos los buques españoles, y en lugar de oro, ¿quizás nos manden hierro y plomo por el través!

—Tranquilo, José. Nos daremos a conocer desde lejos —replicó Martínez.

—¿Y cómo?

—Izando en la botavara de nuestras brigantinas el pabellón de México.

Y con estas palabras, el teniente Martínez desplegó ante los ojos de los amotinados una bandera verde, blanca y roja.

Un sombrío silencio acogió la aparición de aquel emblema de la independencia mexicana.

—¿Ya lamentáis el pabellón de España? —exclamó el teniente con tono burlón—. Pues bien, ¡que los que sientan tales remordimientos se aparten de nosotros y vayan a virar de bordo bajo las órdenes del capitán don Orteva o del comandante don Roque! En cuanto a nosotros, que ya no queremos obedecerles, sabremos bien cómo reducirlos a la impotencia.

—¡Sí, sí! —gritó toda la asamblea con una sola voz.

—¡Camaradas! —prosiguió Martínez—. Nuestros oficiales cuentan con los vientos alisios para navegar hacia las islas de la Sonda; pero nosotros les demostraremos que se pueden hacer bordadas sin ellos, en contra de los monzones del océano Pacífico.

Los marineros que asistían a aquella reunión secreta se dispersaron entonces y, por caminos distintos, regresaron a sus respectivos buques.

Al día siguiente, al amanecer, el Asia y la Constanzia levaban anclas y, poniendo proa al suroeste, el navío y el bergantín se dirigían a toda vela hacia Nueva Holanda. El teniente Martínez había reanudado sus funciones, pero, siguiendo las órdenes del capitán don Orteva, era vigilado de cerca.

Sin embargo, don Orteva estaba asediado por siniestros presentimientos. Comprendía cuán inminente era la caída de la marina española, que la insubordinación conducía a su perdición. Además, su patriotismo no podía acostumbrarse a los sucesivos reveses que abatían a su país, a los que la revolución de los Estados mexicanos había venido a poner la guinda. Hablaba a veces con el guardiamarina Pablo de estas graves cuestiones, especialmente en lo que concernía a la antigua supremacía de las flotas españolas en todos los mares.

—Hijo mío —le dijo un día—, ya no hay disciplina entre nuestros marineros. Los síntomas de rebelión son especialmente visibles en mi buque, y puede ocurrir —tengo ese presentimiento— que alguna indigna traición me arranque la vida. Pero tú me vengarías, ¿verdad?, para vengar al mismo tiempo a España, a la que quieren herir golpeándome a mí.

—Lo juro, capitán don Orteva —respondió Pablo.

—No te hagas enemigo de nadie en este bergantín, pero recuerda, cuando llegue el día, hijo mío, que en estos tiempos de desgracia, la mejor manera de servir a la patria es vigilar primero y castigar si es posible a los miserables que quieren traicionarla.

—Os prometo morir —respondió el guardiamarina—, ¡sí, morir si hace falta, para castigar a los traidores!

Hacía tres días que los buques habían abandonado las Marianas. La Constanza navegaba en popa redonda con una bonancible brisa. El bergantín, gracioso, ágil, esbelto, a ras del agua, con su arboladura inclinada hacia popa, saltaba sobre las olas que cubrían de espuma sus ocho carronadas del seis.

—Doce nudos, teniente —dijo una tarde el guardiamarina Pablo a Martínez—. Si seguimos así, navegando siempre viento en popa, la travesía no será larga.

—¡Quiera Dios que así sea!, pues hemos padecido bastante para que nuestros sufrimientos tengan por fin un término.

El gaviero José se encontraba en ese momento cerca de la toldilla y escuchaba las palabras del teniente.

—No tardaremos en avistar tierra —dijo entonces Martínez en voz alta.

—La isla de Mindanao —respondió el guardiamarina—. Estamos efectivamente por ciento cuarenta grados de longitud oeste y ocho de latitud norte, y si no me equivoco, esa isla está por...

—Ciento cuarenta grados y treinta y nueve minutos de longitud, y siete grados de latitud —replicó vivamente Martínez.

José levantó la cabeza y, tras hacer una señal imperceptible, se dirigió hacia el castillo de proa.

—¿Sois del cuarto de medianoche, Pablo? —preguntó Martínez.

—Sí, teniente.

—Son las seis de la tarde; no os retengo.

Pablo se retiró.

Martínez se quedó solo en la toldilla y dirigió la vista hacia el Asia, que navegaba a sotavento del bergantín. La tarde era magnífica y hacía presagiar una de esas hermosas noches que son tan frescas y tan tranquilas en los trópicos.

El teniente buscó en la oscuridad a los hombres de guardia. Reconoció a José y a los marineros con quienes había tratado en la isla de Guaján.

Por un instante, Martínez se acercó al hombre que estaba al timón. Le dijo dos palabras en voz baja, y eso fue todo.

Sin embargo, se habría podido advertir que la caña había sido metida un poco más a barlovento, de modo que el bergantín no tardó en acercarse sensiblemente al navío de línea.

Contrariamente a sus hábitos de a bordo, Martínez paseaba a sotavento, para observar mejor el Asia. Inquieto, agitado, retorció un portavoz en la mano.

De pronto, una detonación se oyó a bordo del navío.

A esta señal, Martínez saltó al banco de cuarto y con voz potente:

— ¡Todo el mundo a cubierta! — gritó—. ¡A cargar las velas bajas!

En ese momento, don Orteva, seguido de sus oficiales, salió de la toldilla y dirigiéndose al teniente:

— ¿Por qué esta maniobra?

Martínez, sin responderle, abandonó el banco de cuarto y corrió al castillo de proa.

— ¡La caña a sotavento! — mandó—. ¡A los brazos de babor por delante! ¡Brace! ¡Larga la escota del foque mayor!

En ese momento, nuevas detonaciones estallaban a bordo del Asia.

La tripulación obedeció las órdenes del teniente, y el bergantín, viniendo bruscamente al viento, se detuvo inmóvil, en facha bajo su juanete de proa.

Don Orteva, volviéndose entonces hacia los pocos hombres que se habían congregado a su alrededor:

— ¡A mí, mis valientes! — exclamó.

Y avanzando hacia Martínez:

— ¡Que se aprese a ese oficial! — dijo.

— ¡Muerte al comandante! — respondió Martínez.

Pablo y dos oficiales desenvainaron la espada y empuñaron la pistola. Algunos marineros, Jacopo a la cabeza, se lanzaron para apoyarlos; pero, detenidos al instante por los amotinados, fueron desarmados e imposibilitados para actuar.

Los soldados de marina y la tripulación se desplegaron a lo ancho del navío y avanzaron contra sus oficiales. Los hombres fieles, acorralados en la toldilla, no tenían más que una salida: lanzarse sobre los rebeldes.

Don Orteva dirigió el cañón de su pistola hacia Martínez.

En ese momento, un cohete se elevó desde el costado del Asia.

—¡Vencedores! —exclamó Martínez.

La bala de don Orteva se perdió en el vacío.

La escena no se prolongó. El capitán atacó al teniente cuerpo a cuerpo; pero, pronto abrumado por el número y gravemente herido, lo redujeron. Sus oficiales, instantes después, habían corrido la misma suerte.

Se izaron entonces faroles en el aparejo del bergantín y respondieron a los del Asia. El motín había estallado e igualmente triunfado a bordo del navío.

El teniente Martínez era dueño de la Constanzia, y sus prisioneros fueron arrojados pell-mell en la cámara del consejo.

Pero a la vista de la sangre se habían avivado los instintos feroces de la tripulación. No bastaba con haber vencido; había que matar.

—¡Degollémoslos! —gritaron varios de aquellos furiosos—. ¡A muerte! ¡Solo un hombre muerto no habla!

El teniente Martínez, al frente de los amotinados sanguinarios, se lanzó hacia la cámara del consejo; pero el resto de la tripulación se opuso a la matanza, y los oficiales quedaron a salvo.

—Traed a don Orteva a cubierta —ordenó Martínez.

Se obedeció.

—Orteva —dijo Martínez—, mando estos dos buques. Don Roque es mi prisionero al igual que usted. Mañana los abandonaremos a los dos en una

costa desierta; luego pondremos rumbo hacia los puertos de México, y estos navíos serán vendidos al gobierno republicano.

—¡Traidor! —respondió don Orteva.

—¡Que se establezcan las velas bajas y se oriente lo más a barlovento posible! ¡Que se ate a ese hombre en la toldilla!

Señalaba a don Orteva. Se obedeció.

—Los demás al fondo de la bodega. Preparad para virar por avante. ¡Adentro! ¡Ánimo, camaradas!

La maniobra fue prontamente ejecutada. El capitán don Orteva quedó desde entonces a sotavento del navío, enmascarado por la brigantina, y aún se le oía llamar a su teniente «infame» y «traidor».

Martínez, fuera de sí, se lanzó sobre la toldilla, una hacha en la mano. Se le impidió llegar hasta el capitán; pero, con un brazo vigoroso, cortó las escotas de la brigantina. La botavara, violentamente arrastrada por el viento, golpeó a don Orteva y le rompió el cráneo.

Un grito de horror se elevó desde el bergantín.

—¡Muerte accidental! —dijo el teniente Martínez—. Arrojad ese cadáver al mar.

Y siempre se obedeció.

Los dos buques reanudaron su ruta lo más a barlovento posible, corriendo hacia las playas mexicanas.

Al día siguiente, se divisó un islote por el través. Las embarcaciones del Asia y de la Constanzia fueron botadas al agua, y los oficiales, a excepción del guardiamarina Pablo y del contra maestre Jacopo, que habían hecho acto de sumisión al teniente Martínez, fueron abandonados en aquella costa desierta. Pero, unos días después, fueron felizmente recogidos por un ballenero inglés y transportados a Manila.

¿De dónde venía que Pablo y Jacopo se habían pasado al bando de los rebeldes? Habrá que esperar para juzgarlos.

Unas semanas después, los dos buques fondeaban en la bahía de Monterey, al norte de la vieja California. Martínez hizo saber al comandante mili-

tar del puerto cuáles eran sus intenciones. Ofrecía entregar a México, privado de marina, los dos navíos españoles con sus municiones, su armamento de guerra, y poner las tripulaciones a disposición de la Confederación. A cambio, esta debía pagarles todo lo que se les debía desde la salida de España.

Ante estas propuestas, el gobernador respondió declarando que no tenía poderes suficientes para negociar. Aconsejó, pues, a Martínez que se dirigiera a México, donde podría fácilmente concluir él mismo el asunto. El teniente siguió este consejo y, dejando el Asia en Monterrey, tras un mes entregado al placer, volvió a hacerse a la mar con la Constanzia. Pablo, Jacopo y José formaban parte de la tripulación, y el bergantín, navegando en popa redonda, forzó velas para alcanzar cuanto antes el puerto de Acapulco.

II

DE ACAPULCO A CIGUALAN

De los cuatro puertos que México posee en el océano Pacífico — San Blas, Zacatula, Tehuantepec y Acapulco —, este último es el que ofrece mayores recursos a los navíos. La ciudad está mal construida y es insalubre, es cierto, pero la rada es segura y podría albergar fácilmente cien navíos. Altos acantilados abrigan a los buques por todos lados y forman un basin tan

apacible que un forastero que llegara por tierra creería ver un lago encerrado en un círculo de montañas.

Acapulco estaba protegida en aquella época por tres baluartes que la flanqueaban a la derecha, mientras que el canal de entrada era defendido por una batería de siete piezas de cañón que podían, llegado el caso, cruzar sus fuegos en ángulo recto con los del fuerte Santo Domingo. Este, dotado de treinta piezas de artillería, dominaba la rada entera y hubiera hundido sin remedio cualquier navío que hubiera intentado forzar la entrada del puerto.

La ciudad no tenía, pues, nada que temer y, sin embargo, un pánico general se había apoderado de ella tres meses después de los sucesos arriba relatados.

En efecto, se acababa de avistar un navío en alta mar. Muy inquietos por las intenciones de aquel buque sospechoso, los habitantes de Acapulco no dejaban de estar bastante intranquilos. ¡Y es que la nueva Confederación temía todavía, no sin razón, el retorno de la dominación española! ¡Y es que, a pesar de los tratados comerciales firmados con Gran Bretaña y de la llegada del encargado de negocios de Londres, que había reconocido la república, el gobierno mexicano no tenía un solo navío a su disposición para proteger sus costas!

Cualquiera que fuese, aquel buque no podía ser más que un audaz aventurero, y los vientos del noreste, que soplan ruidosamente en aquellos parajes desde el equinoccio de otoño hasta la primavera, debían poner duramente a prueba sus relíngues. Pues bien, los habitantes de Acapulco no sabían qué imaginar y se disponían por si acaso a rechazar un desembarco de extranjeros, cuando el buque tan temido desplegó en su botavara el pabellón de la independencia mexicana.

Llegada a medio alcance de cañón del puerto, la Constanzia —cuyo nombre podía leerse claramente entonces en el espejo de popa— fondeo de pronto. Sus velas se recogieron sobre las vergas, y una embarcación se separó del costado y pronto atracó al puerto.

El teniente Martínez, nada más desembarcado, se presentó ante el gobernador y le puso al corriente de las circunstancias que le traían. Este aprobó la resolución que había tomado el teniente de dirigirse a México para obtener del general Guadalupe Victoria, presidente de la Confederación, la ratifi-

cación del trato. A penas se conoció la noticia en la ciudad, estallaron transportes de alegría. Toda la población acudió a admirar el primer navío de la marina mexicana, y vio en su posesión, junto con una prueba de la indisciplina española, un medio de oponerse aún más eficazmente a cualquier nuevo intento de sus antiguos amos.

Martínez regresó a bordo. Unas horas después, el bergantín la Constanzia había sido amarrado en el puerto, y su tripulación era alojada en casas de los habitantes de Acapulco.

Sin embargo, cuando Martínez pasó lista a su gente, Pablo y Jacopo habían desaparecido los dos.

México se caracteriza entre todos los países del globo por la extensión y la altura de la meseta que ocupa su centro. La cordillera de los Andes, bajo el nombre general de los Andes, atraviesa toda la América meridional, surca Guatemala y, a su entrada en México, se divide en dos ramales que accidentan paralelamente ambos lados del territorio. Pues bien, estos dos ramales no son sino las vertientes de la inmensa meseta de Anáhuac, situada a dos mil quinientos metros sobre los mares vecinos. Esta sucesión de llanuras, mucho más extensas y no menos uniformes que las del Perú y de la Nueva Granada, ocupa aproximadamente tres quintas partes del país. La cordillera, al penetrar en la antigua intendencia de México, toma el nombre de «Sierra Madre» y, a la altura de las ciudades de San Miguel y Guanajuato, tras dividirse en tres ramales, se pierde hasta el grado cincuenta y siete de latitud norte.

Entre el puerto de Acapulco y la ciudad de México, distantes el uno del otro unas ochenta leguas, los movimientos del terreno son menos bruscos y las pendientes menos abruptas que entre México y la Vera Cruz. Después de haber pisado el granito que aflora en los ramales cercanos al gran Océano, y en el que está tallado el puerto de Acapulco, el viajero ya no encuentra más que esas rocas porfídicas de las que la industria extrae yeso, basalto, caliza primitiva, estaño, cobre, hierro, plata y oro. Pues bien, precisamente, el camino de Acapulco a México ofrecía puntos de vista y sistemas de vegetación del todo particulares, a los que prestaban o no prestaban atención dos jinetes que cabalgaban el uno junto al otro, unos días después de la llegada al fondeadero del bergantín la Constanzia.

Eran Martínez y José. El gaviero conocía a la perfección aquella ruta. ¡Tantas veces había recorrido las montañas de Anáhuac! También el guía indio que les había ofrecido sus servicios había sido rechazado, y, montados en excelentes caballos, los dos aventureros se dirigían rápidamente hacia la capital de México.

Después de dos horas de trote vivo que les había impedido conversar, los jinetes se detuvieron.

— Al paso, teniente — dijo José, todo jadeante — . ¡Santa María! ¡Preferiría cabalgar durante dos horas en lo alto del escandaloso durante un golpe de viento del noroeste!

— ¡Apresurémonos! — respondió Martínez — . ¿Conoces bien el camino, José, lo conoces bien?

— Como conocéis vos el de Cádiz a la Vera Cruz, y no tendremos ni las tempestades del golfo, ni las barras de Tuxpan o de Santander para retrasarnos... ¡Pero al paso!

— Al contrario, más de prisa — insistía Martínez, espoleando su caballo — . Me inquieta esa desaparición de Pablo y de Jacopo. ¿Querrán aprovecharse solos del trato y robarnos nuestra parte?

— ¡Por Santiago! ¡Solo faltaría eso! — respondió cínicamente el gaviero — . ¡Robar a unos ladrones como nosotros!

— ¿Cuántos días de marcha nos quedan antes de llegar a México?

— ¡Cuatro o cinco, teniente! ¡Un paseo! Pero ¡al paso! Ya veis que el terreno sube sensiblemente.

En efecto, las primeras ondulaciones de las montañas se dejaban sentir sobre la larga llanura.

— Nuestros caballos no están herrados — continuó el gaviero deteniéndose — , y su casco se gasta rápidamente sobre estas rocas de granito. Pero después de todo, ¡no hablemos mal del suelo! Hay oro debajo, y el hecho de que caminemos encima, teniente, no quiere decir que lo despreciemos.

Los dos viajeros habían llegado a una pequeña elevación, ampliamente sombreada por palmeras abanicos, nopales y salvias mexicanas. A sus pies se extendía una vasta llanura cultivada, y toda la exuberante vegetación de

las tierras cálidas se ofrecía a sus ojos. A la izquierda, un bosque de caobas cortaba el paisaje. Elegantes pimenteros balanceaban sus ramas flexibles a los sofocantes alientos del océano Pacífico. Campos de caña de azúcar erizaban el campo. Magníficas cosechas de algodón agitaban silenciosamente sus penachos de seda gris. Aquí y allá crecían la jalapa medicinal y el pimiento colorado, junto a los añileros, los cacaoteros, los palo campeche y los guayacanes. Todos los variados productos de la flora tropical —dalias, mentzelias, helicantos— irisaban con sus colores aquel maravilloso terreno, el más fértil de la Intendencia mexicana.

¡Sí, toda aquella hermosa naturaleza parecía animarse bajo los rayos ardientes que el sol derramaba a raudales! Pero también, bajo aquel calor insostenible, los desgraciados habitantes se retorcían en el abrazo de la fiebre amarilla. Por eso aquellas campiñas, inanimadas y desiertas, permanecían sin movimiento y sin ruido.

—¿Qué es ese cono que se eleva ante nosotros en el horizonte? —preguntó Martínez a José.

—El cono de la Brea, ¡y apenas supera la llanura! —respondió desdenosamente el gaviero.

Aquel cono era la primera prominencia importante de la inmensa cordillera.

—Apresuremos el paso —dijo Martínez, predicando con el ejemplo—. Nuestros caballos son oriundos de las haciendas del México septentrional y, en sus carreras por las sabanas, están habituados a esas desigualdades del terreno. Aprovechemos pues las pendientes del camino, y salgamos de estas inmensas soledades, que no están hechas para alegrarnos.

—¿Acaso el teniente Martínez tiene remordimientos? —preguntó José encogiéndose de hombros.

—¿Remordimientos?... ¡No!...

Martínez cayó en un silencio absoluto, y los dos marcharon al trote vivo de sus cabalgaduras.

Alcanzaron el cono de la Brea, que cruzaron por senderos abruptos, a lo largo de precipicios que aún no eran los insondables abismos de la Sierra

Madre. Luego, bajada la vertiente opuesta, los dos jinetes se detuvieron para dejar descansar a sus caballos.

El sol estaba a punto de ocultarse en el horizonte cuando Martínez y su compañero llegaron al pueblo de Cigualan. Este pueblo apenas contaba unas pocas chozas habitadas por pobres indios de los que se llaman «manosos», es decir, agricultores. Los indígenas sedentarios son, en general, muy perezosos, pues no tienen más que recoger las riquezas que les prodiga aquella fecunda tierra. También su holgazanería los distingue esencialmente tanto de los indios asentados en las mesetas superiores, a los que la necesidad ha hecho industriosos, como de esos nómadas del norte que, viviendo de depredaciones y rapiñas, nunca tienen morada fija.

Los españoles no recibieron en aquel pueblo más que una hospitalidad mediocre. Los indios, reconociéndolos como sus antiguos opresores, se mostraron poco dispuestos a serles de utilidad.

Además, antes que ellos, dos viajeros habían atravesado el pueblo y habían echado mano del poco alimento disponible.

El teniente y el gaviero no prestaron atención a esta particularidad, que, por lo demás, no tenía nada de muy extraordinario.

Martínez y José se cobijaron pues bajo una especie de casucha y prepararon para su cena una cabeza de carnero cocida al horno. Cavaron un hoyo en el suelo y, tras llenarlo de madera encendida y guijarros aptos para conservar el calor, dejaron consumirse las materias combustibles; luego, sobre las brasas ardientes, depositaron sin ninguna preparación la carne rodeada de hojas aromáticas, y lo cubrieron todo herméticamente con ramas y tierra apisonada. Poco después, su cena estaba en su punto, y la devoraron como hombres cuyo apetito había aguzado un largo camino. Terminada la comida, se tumbaron en el suelo, con el puñal en la mano. Luego, el cansancio se impuso a la dureza del lecho y al picoteo incesante de los mosquitos, y no tardaron en dormirse.

Sin embargo, Martínez repitió varias veces, en un sueño agitado, los nombres de Jacopo y de Pablo, cuya desaparición le preocupaba sin cesar.

III

DE CIGUALAN A TAXCO

Al día siguiente, los caballos estaban ensillados y embridados al amanecer. Los viajeros, tomando de nuevo los senderos a medio abrir que serpenteaban ante ellos, se adentraron hacia el este al encuentro del sol. Su viaje se anunciaba bajo favorables auspicios. De no ser por la marcha taciturna del teniente, que contrastaba con la buen humor del gaviero, se los habría tomado por las más honradas gentes del mundo.

El terreno ascendía cada vez más. La inmensa meseta de Chilpanzingo, donde reina el clima más hermoso de México, no tardó en desplegarse hasta los límites extremos del horizonte. Este país, que pertenece a las tierras templadas, está situado a mil quinientos metros sobre el nivel del mar y no conoce ni los calores de los terrenos inferiores ni los fríos de las zonas más elevadas. Pero, dejando este oasis a su derecha, los dos españoles llegaron al pequeño pueblo de San Pedro y, tras tres horas de alto, reanudaron su ruta dirigiéndose hacia la pequeña ciudad de Tutela del Río.

—¿Dónde dormiremos esta noche? —preguntó Martínez.

—¡En Taxco! —respondió José—. Una gran ciudad, teniente, comparada con estas aldeas.

—¿Se encuentra allí una buena posada?

—¡Sí, bajo un hermoso cielo y un hermoso clima! Allí el sol es menos abrasador que a orillas del mar. Y así, subiendo siempre, se va llegando gradualmente, pero sin darse mucha cuenta, a helarse en las cimas del Popocatepetl.

—¿Cuándo cruzaremos las montañas, José?

—Pasado mañana por la tarde, teniente, y desde su cumbre, aunque sea lejos, divisaremos el término de nuestro viaje. ¡Una ciudad de oro que es México! ¿Sabéis en qué pienso, teniente?

Martínez no respondió.

—Me pregunto qué habrá sido de los oficiales del navío y del bergantín que abandonamos en el islote.

Martínez se estremeció.

—¡No lo sé! —respondió en voz sorda.

—Me agrada creer —continuó José— que esos altivos personajes han muerto todos de hambre. Por lo demás, cuando los desembarcamos, varios cayeron al mar, y por aquellos parajes hay una especie de tiburón, el tintorera, que no perdona. ¡Santa María! Si el capitán don Orteva resucitara, sería el momento de esconderse en el vientre de una ballena. Pero su cabeza tuvo la feliz ocurrencia de toparse con la botavara, y cuando las escotas se rompieron de manera tan singular...

—¡Cállate! —exclamó Martínez.

El marinero cerró la boca.

—¡Vaya escrúpulos tan bien empleados! —se dijo para sus adentros José—. Pues bien —prosiguió en voz alta—, a mi regreso, me asentaré en este encantador país de México. Allí se hacen bordadas entre piñas y bananas, y se encalla en escollos de oro y plata.

—¿Es por eso por lo que traicionaste? —preguntó Martínez.

—¿Y por qué no, teniente? ¡Cuestión de piastras!

—Ah... —hizo Martínez con asco.

—¿Y vos? —replicó José.

—Yo... ¡Cuestión de jerarquía! El teniente quería ante todo vengarse del capitán.

—Ah... —hizo José con desprecio.

Los dos hombres se merecían el uno al otro, cualesquiera que fuesen sus móviles.

—¡Chist!... —dijo Martínez, deteniéndose en seco—. ¿Qué veo allí?

José se incorporó en los estribos.

—No hay nadie —respondió.

—¡Vi desaparecer a un hombre rápidamente! —repitió Martínez.

—¡Imaginaciones!

—¡Lo vi! —insistió el teniente impaciente.

—Pues bien... buscad a vuestro gusto...

Y José continuó su marcha.

Martínez avanzó solo hacia un grupo de aquellos mangles cuyos ramos, que echan raíces en cuanto tocan el suelo, forman espesuras impenetrables.

El teniente apeó. La soledad era completa.

De pronto, divisó una especie de espiral agitarse en la sombra. Era una serpiente de pequeña especie, con la cabeza aplastada bajo un bloque de roca, cuya parte posterior del cuerpo se retorció todavía como si estuviera galvanizada.

—¡Alguien estuvo aquí! —exclamó el teniente.

Martínez, supersticioso y culpable, miró a todos lados. Se echó a temblar.

—¿Quién?... ¿Quién?... —murmuró.

—¿Qué ocurre? —preguntó José, que había alcanzado a su compañero.

—¡No es nada! —respondió Martínez—. ¡Andemos!

Los viajeros costearon entonces las orillas del Mexala, pequeño afluente del río Balsas, remontando su curso. Pronto unas columnas de humo traicionaron la presencia de indígenas, y apareció la pequeña ciudad de Tutela del Río. Pero los españoles, con prisa por llegar a Taxco antes de la noche, la abandonaron tras unos instantes de descanso.

El camino se hacía muy abrupto. El paso era pues el paso más corriente de sus cabalgaduras. Aquí y allá aparecieron bosques de olivos en la ladera

de los montes. Diferencias notables se manifestaban entonces en el terreno, en la temperatura, en la vegetación.

La tarde no tardó en caer. Martínez seguía a unos pasos a su guía José. Este no se orientaba sin dificultad en medio de las densas tinieblas, y buscaba los senderos practicables, rezongando, ora contra un tocón que le hacía tropezar, ora contra una rama de árbol que le azotaba la cara y amenazaba con apagar el excelente cigarro que fumaba.

El teniente dejaba a su caballo seguir al de su compañero. Vagos remordimientos lo agitaban, y no se daba cuenta de la obsesión que lo poseía.

La noche había caído del todo. Los viajeros apretaron el paso. Atravesaron sin detenerse los pequeños pueblos de Contepec e Iguala, y llegaron a la ciudad de Taxco.

José había dicho la verdad. Era una gran ciudad comparada con las magras aldeas que habían dejado atrás. Una especie de fonda se abría en la calle más ancha. Después de entregar sus caballos a un mozo de cuadra, entraron en la sala principal, donde se levantaba una larga y estrecha mesa completamente servida.

Los españoles tomaron asiento el uno frente al otro y se pusieron a dar cuenta de una cena que habría sido suculenta para paladares indígenas, pero que solo el hambre podía hacer soportable para paladares europeos. Había restos de pollos nadando en una salsa de pimiento verde, porciones de arroz aderezado con pimiento rojo y azafrán, viejas aves de corral rellenas de aceitunas, pasas, cacahuets y cebollas, calabazas dulces, garbanzos y verdolagas, todo ello acompañado de tortillas, especie de tortas de maíz cocidas sobre una plancha de hierro. Luego se sirvió la bebida después de la comida.

En todo caso, a falta del gusto, el hambre quedó satisfecha, y el cansancio no tardó en hacer dormir a Martínez y José hasta bien entrado el día.

IV

DE TAXCO A CUERNAVACA

El teniente fue el primero en despertar.

— ¡José, en marcha! — dijo.

El gaviro estiró los brazos.

— ¿Qué camino tomamos? — preguntó Martínez.

— A fe mía, conozco dos, teniente.

— ¿Cuáles?

— Uno que pasa por Zacualican, Tenancingo y Toluca. De Toluca a México, el camino es bueno, pues ya se ha escalado la Sierra Madre.

— ¿Y el otro?

— El otro nos desvía un poco hacia el este, pero, a cambio, llegamos cerca de las hermosas montañas del Popocatepetl y del Iztaccíhuatl. Es el camino más seguro, pues es el menos frecuentado. ¡Bonito paseo de unas quince leguas por una pendiente inclinada!

— Vamos por el camino más largo, y en marcha — dijo Martínez—. ¿Dónde dormiremos esta noche?

— Pues, navegando a doce nudos, en Cuernavaca — respondió el gaviro.

Los dos españoles se dirigieron a la cuadra, hicieron ensillar sus caballos y llenaron sus mochillas — especie de alforjas que forman parte del arreo — con tortas de maíz, granadas y cecina, pues en las montañas corría el riesgo

de no encontrar alimento suficiente. Pagados los gastos, montaron a caballo y tomaron a la derecha.

Por primera vez avistaron el roble, árbol de buen augurio, a cuyo pie se detienen las emanaciones malsanas de las mesetas inferiores. En aquellas llanuras situadas a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, las producciones importadas desde la conquista se mezclaban con la vegetación indígena. Campos de trigo se extendían en aquella fértil oasis donde germinan todos los cereales europeos. Los árboles de Asia y de Francia entremezclaban sus follajes. Las flores de Oriente esmaltaban las alfombras de verdor, unidas a las violetas, los acianos, la verbena, la margarita de las zonas templadas. Algunos arbustos resinosos de grimsa apariencia accidentaban aquí y allá el paisaje, y el olfato se perfumaba con las dulces emanaciones de la vainilla, protegida por la sombra de los amíris y los liquidámbaros. También los dos aventureros se sentían a gusto bajo aquella temperatura media de veinte a veintidós grados, común a las zonas de Xalapa y Chilpanzingo, que se han comprendido bajo la denominación de «tierras templadas».

Sin embargo, Martínez y su compañero se elevaban cada vez más sobre la meseta de Anáhuac y franqueaban las inmensas barreras que forman la llanura de México.

— ¡Ah! — exclamó José—. ¡Aquí está el primero de los tres torrentes que debemos cruzar!

En efecto, un río profundamente encajonado se abría ante los pasos de los viajeros.

— En mi último viaje, este torrente estaba seco — dijo José—. Seguidme, teniente.

Los dos bajaron por una pendiente bastante suave tallada en la misma roca y llegaron a un vado que era fácilmente practicable.

— ¡Y uno! — hizo José.

— ¿Son igualmente cruzables los otros? — preguntó el teniente.

— Igualmente — respondió José—. Cuando la estación de las lluvias engrosa estos torrentes, se vierten en el pequeño río de Ixtoluca que encontraremos en las grandes montañas.

— ¿No tenemos nada que temer en estas soledades?

— ¡Nada, salvo el puñal mexicano!

— Es verdad — respondió Martínez—. Esos indios de las tierras altas son fieles al puñal por tradición.

— También — prosiguió el gaviero riendo —, ¡cuántas palabras para designar su arma favorita: estoque, verdugo, puna, anchillo, beldoque, navaja! ¡El nombre les viene a la boca tan rápido como el puñal a la mano! Pues bien, ¡tanto mejor, santa María! ¡Al menos no tendremos que temer las balas invisibles de las largas carabinas! ¡No hay nada más irritante que ignorar qué bribón te mata!

— ¿Qué indios habitan en estas montañas? — preguntó Martínez.

— ¡Eh, teniente, quién puede contar las diferentes razas que se multiplican en este Eldorado de México! Mirad más bien todas estas mezclas que he estudiado cuidadosamente, con la intención de contraer algún día un matrimonio ventajoso. Allí se encuentra el mestizo, nacido de un español y una india; el castizo, nacido de una mujer mestiza y un español; el mulato, nacido de una española y un negro; el morisco, nacido de una mulata y un español; el albino, nacido de una morisca y un español; el tornatrás, nacido de un albino y una española; el tente en el aire, nacido de un tornatrás y una española; el lobo, nacido de una india y un negro; el cambujo, nacido de una india y un lobo; el barcino, nacido de un coyote y una mulata; el grifo, nacido de una negra y un lobo; el albarazado, nacido de un coyote y una india; el chamizo, nacido de una mestiza y un indio; el mechino, nacido de una loba y un coyote.

José decía la verdad, y la pureza de las razas, bastante problemática en aquellas comarcas, hace muy inciertas las investigaciones antropológicas. Pero, a pesar de las sabias conversaciones del gaviero, Martínez volvía sin cesar a su taciturna actitud primera. Se apartaba incluso con gusto de su compañero, cuya presencia parecía pesarle.

Dos torrentes más vinieron pronto a cortar el camino. Allí el teniente quedó contrariado al ver sus lechos secos, pues contaba con abreviar en ellos a su caballo.

— Estamos aquí como en calma chicha, sin víveres ni agua, teniente — dijo José—. ¡Bah! ¡Seguidme! Busquemos entre estos robles y olmos un árbol que se llama «ahuehuete», y que reemplaza ventajosamente a los

manojos de paja con que se decoran las posadas. Bajo su sombra siempre se encuentra un manantial brotante, y si no es más que agua, a fe mía, os diré que el agua es el vino del desierto.

Los jinetes rodearon el macizo y pronto encontraron el árbol en cuestión. Pero la fuente prometida estaba seca, y se veía incluso que lo había estado recientemente.

—Es extraño —dijo José.

—¿Verdad que es extraño? —hizo Martínez palideciendo—. ¡En marcha, en marcha!

Los viajeros no intercambiaron una sola palabra más hasta la aldea de Cacahuamilpa. Allí aligeraron un poco sus mochillas. Luego, se dirigieron hacia Cuernavaca adentrándose hacia el este.

El país se presentaba entonces bajo un aspecto extremadamente abrupto y hacía presagiar los picos gigantescos cuyas cimas basálticas detienen las nubes llegadas del gran Océano. Al doblar un amplio peñasco apareció el fuerte de Xochicalco, construido por los antiguos mexicanos, cuya meseta tiene nueve mil metros cuadrados. Los viajeros se dirigieron hacia el inmenso cono que forma su base y que coronan rocas oscilantes y ruinas de aspecto sombrío.

Después de desmontar y de atar sus caballos al tronco de un olmo, Martínez y José, deseosos de verificar la dirección del camino, escalaron la cumbre del cono ayudándose de las asperezas del terreno.

La noche caía y, revistiendo los objetos de contornos indecisos, les prestaba formas fantásticas. El viejo fuerte no se parecía mal a un enorme bisonte agazapado, con la cabeza inmóvil, y la mirada inquieta de Martínez creía ver sombras agitarse sobre el cuerpo del monstruoso animal. Se calló no obstante, para no dar pie a las burlas del incrédulo José. Este se aventuraba lentamente por los senderos de la montaña y, cuando desaparecía tras alguna anfractuosidad, guiaba a su compañero al sonido de sus «¡Santiago!» y sus «¡santa María!».

De pronto, un enorme pájaro nocturno, lanzando un graznido ronco, se elevó pesadamente sobre sus anchas alas.

Martínez se detuvo en seco.

Un enorme bloque de roca oscilaba visiblemente sobre su base a unos nueve metros por encima de él. De pronto, aquel bloque se desprendió y, rompiendo todo a su paso con la rapidez y el estruendo del rayo, fue a engullirse en el abismo.

— ¡Santa María! — exclamó el gaviero —. ¡Eh! ¿Teniente?

— ¿José?

— ¡Por aquí!

Los dos españoles se reunieron.

— ¡Vaya alud! ¡Bajemos! — dijo el gaviero.

Martínez le siguió sin decir palabra, y los dos recuperaron pronto la meseta inferior.

Allí, un amplio surco marcaba el paso del peñasco.

— ¡Santa María! — exclamó José —. ¡Nuestros caballos han desaparecido, aplastados, muertos!

— ¿De verdad? — hizo Martínez.

— ¡Mirad!

El árbol al que los dos animales estaban atados había sido, en efecto, arrastrado junto con ellos.

— Si hubiéramos estado encima... — prosiguió filosóficamente el gaviero.

Martínez estaba presa de un violento sentimiento de terror.

— ¡La serpiente, la fuente, el alud! — murmuró.

De pronto, con los ojos extraviados, se lanzó sobre José.

— ¿No acabas de pronunciar el nombre del capitán don Orteva? — exclamó, con los labios contraídos por la cólera.

José retrocedió.

— ¡Eh, nada de locuras, teniente! ¡Un último adiós a nuestras bestias y en marcha! ¡No se está bien aquí cuando la vieja montaña sacude su crin!

Los dos españoles recorrieron entonces el camino sin decir palabra, y, entrada la noche, llegaron a Cuernavaca; pero les fue imposible conseguir ca-

ballos, y a la mañana siguiente fue a pie como se dirigieron hacia la montaña del Popocatepetl.

V

DE CUERNAVACA AL POPOCATÉPETL

La temperatura era fría y la vegetación nula. Aquellas alturas inaccesibles pertenecen a las zonas glaciales, llamadas «tierras frías». Ya los abetos de las regiones brumosas mostraban sus secas siluetas entre los últimos robles de aquellos climas elevados, y los manantiales eran cada vez más escasos en aquellos terrenos compuestos en gran parte de traquitas agrietadas y amigdaloides porosas.

Desde hacía seis largas horas, el teniente y su compañero se arrastraban penosamente, desgarrándose las manos en las vivas aristas de la roca y los pies en los cantos afilados del camino. Pronto la fatiga les obligó a sentarse. José se ocupó de preparar algún alimento.

— ¡Maldita ocurrencia la de no haber tomado el camino ordinario! — murmuraba.

Los dos esperaban encontrar en Aracopistla, pueblo enteramente perdido en las montañas, algún medio de transporte para terminar su viaje; pero ¡cuál fue su decepción al no hallar allí más que el mismo desamparo, la fal-

ta absoluta de todo y la misma inhospitalidad que en Cuernavaca! No obstante, había que llegar.

Entonces se erguía ante ellos el inmenso cono del Popocatepetl, de una altitud tal que la vista se extraviaba entre las nubes buscando la cima de la montaña. El camino era de una aridez desesperante. Por todas partes, insondables precipicios se abrían entre las salientes del terreno, y los vertiginosos senderos parecían oscilar bajo los pasos de los viajeros. Para reconocer el camino, tuvieron que escalar parte de aquella montaña de cinco mil cuatrocientos metros de altura que, llamada la «Roca Humeante» por los indios, lleva todavía la huella de recientes erupciones volcánicas. Sombras grietas cuarteaban sus abruptas laderas. Desde el último viaje del gaviero José, nuevos cataclismos habían trastornado aquellas soledades, que ya no sabía reconocer. También se perdía en medio de los senderos impracticables y se detenía a veces prestando oído, pues sordos rumores corrían por aquí y por allá a través de las hendiduras del enorme cono.

El sol ya declinaba sensiblemente. Gruesas nubes, aplastadas contra el cielo, oscurecían la atmósfera. Había amenaza de lluvia y tormenta, fenómenos frecuentes en aquellas comarcas donde la elevación del terreno acelera la evaporación del agua. Toda clase de vegetación había desaparecido sobre aquellas rocas, cuya cima se pierde bajo las nieves eternas.

— ¡No puedo más! — dijo por fin José, desfalleciendo de cansancio.

— ¡Sigamos caminando! — respondió el teniente Martínez con una febril impaciencia.

Algunos truenos retumbaron pronto en las grietas del Popocatepetl.

— ¡Que el diablo me confunda si vuelvo a meterme por estos senderos perdidos! — exclamó José.

— ¡Levántate y andemos! — respondió bruscamente Martínez.

Obligó a José a reemprender la marcha a trompicones.

— ¡Y ni un ser humano que nos guíe! — murmuraba el gaviero.

— ¡Mejor! — dijo el teniente.

— ¡No sabéis que en México se comete un millar de asesinatos cada año, y que los alrededores no son más seguros?

—¡Mejor! —dijo Martínez.

Gruesas gotas de lluvia centelleaban aquí y allá sobre los bloques de roca, iluminados por los últimos reflejos del cielo.

—Una vez franqueados los picos que nos rodean, ¿qué veremos? —preguntó el teniente.

—México a la izquierda, Puebla a la derecha —respondió José—, si es que vemos algo. ¡Pero no distinguiremos nada! ¡Hace demasiado oscuro! Ante nosotros estará la montaña del Iztaccíhuatl, y en el barranco, ¡el buen camino! Pero ¡que me lleve el diablo si llegamos a él!

—¡Andemos!

José decía la verdad. La meseta de México está encerrada en un inmenso cuadrado de montañas. Es una vasta cuenca ovalada de dieciocho leguas de largo, doce de ancho y sesenta y siete de circunferencia, rodeada de altas salientes entre las que se distinguen, al suroeste, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. Una vez llegado a la cumbre de esas barreras, el viajero ya no experimenta ninguna dificultad para descender a la meseta de Anáhuac y, prolongándose hacia el norte, el camino es hermoso hasta México. A través de largas avenidas de olmos y álamos, se admiran los cipreses plantados por los reyes de la dinastía azteca, y los schinos, semejantes a los sauces lloreros de Occidente. Aquí y allá, los campos labrados y los jardines en flor exhiben sus cosechas, mientras que manzanos, granados y cerezos respiran a sus anchas bajo aquel cielo de un azul intenso, propio del aire seco y enrarecido de las alturas terrestres.

Los truenos retumbaban entonces con extrema violencia en la montaña. La lluvia y el viento, que a veces callaban, hacían los ecos más sonoros.

José juraba a cada paso. El teniente Martínez, pálido y silencioso, lanzaba miradas siniestras a su compañero, que se alzaba ante él como un cómplice del que hubiera querido deshacerse.

¡De pronto, un relámpago iluminó la oscuridad! ¡El gaviero y el teniente estaban al borde de un abismo!

Martínez se acercó bruscamente a José. Le puso la mano en el hombro y, tras los últimos rodeos del trueno, le dijo:

—¡José!... ¡Tengo miedo!...

—¿Miedo de la tormenta?

—No temo la tempestad del cielo, José, pero tengo miedo de la tormenta que se desata dentro de mí.

—¡Ah! ¿Pensáis de nuevo en don Orteva?... ¡Vamos, teniente, me hacéis reír! —respondió José, que no reía, pues Martínez lo miraba con los ojos extraviados.

Un formidable trueno retumbó.

—¡Cállate, José, cállate! —exclamó Martínez, que ya no parecía dueño de sí mismo.

—¡Buena hora para sermonearme! —replicó el gaviero—. ¡Si tenéis miedo, teniente, tapaos los ojos y los oídos!

—Me parece —exclamó Martínez— que veo al capitán... don Orteva... con la cabeza rota... ¡ahí... ahí!...

Una sombra negra, iluminada por un relámpago blanquecino, se irguió a veinte pasos del teniente y de su compañero.

Al mismo instante, José vio junto a él a Martínez, pálido, deshecho, siniestro, el brazo armado de un puñal.

—¿Qué es esto?... —exclamó.

Un relámpago los envolvió a ambos.

—¡A mí! —gritó José...

Ya no había más que un cadáver en aquel lugar. Nuevo Caín, Martínez huía en medio de la tempestad, su arma ensangrentada en la mano.

Unos instantes después, dos hombres se inclinaban sobre el cadáver del gaviero, diciendo:

—¡Y uno!

Martínez vagaba como un loco por aquellas sombrías soledades. Corría, con la cabeza descubierta, bajo la lluvia que caía a torrentes.

—¡A mí! ¡A mí! —aullaba, tropezando sobre las resbaladizas rocas.

De pronto, se oyó un profundo borbotamiento.

Martínez miró y escuchó el fragor de un torrente.

Era el pequeño río de Ixtoluca que se precipitaba a ciento cincuenta metros por debajo de él.

A unos pasos, sobre el mismo torrente, había un puente formado por cuerdas de agave. Retenido en las dos orillas por algunas estacas clavadas en la roca, aquel puente oscilaba al viento como un hilo tendido en el espacio.

Martínez, aferrándose a las lianas, avanzó arrastrándose por el puente. A fuerza de energía, llegó a la orilla opuesta...

Allí, una sombra se irguió ante él.

Martínez retrocedió sin decir palabra y se acercó de nuevo a la orilla que acababa de abandonar.

Allí también se le apareció otra forma humana.

Martínez volvió, de rodillas, al centro del puente, con las manos crispadas por la desesperación.

— ¡Martínez, soy Pablo! —dijo una voz.

— ¡Martínez, soy Jacopo! —dijo otra voz.

— ¡Traicionaste!... ¡Vas a morir!

— ¡Mataste!... ¡Vas a morir!

Dos golpes secos se oyeron. Las estacas que retenían los dos extremos del puente cayeron bajo el hacha...

Un horrible rugido estalló, y Martínez, con los brazos extendidos, fue precipitado al abismo.

.....

Una legua más abajo, el guardiamarina y el contramaestre se reunían, después de haber cruzado a vado el río de Ixtoluca.

— ¡He vengado a don Orteva! —dijo Jacopo.

— ¡Y yo —respondió Pablo—, he vengado a España!

Así nació la marina de la Confederación mexicana. Los dos navíos españoles, entregados por los traidores, quedaron en poder de la nueva república, y se convirtieron en el núcleo de la pequeña flota que hace no mucho disputaba Texas y California a los navíos de los Estados Unidos de América.

— FIN —

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB